

En búsqueda del sentido de lo político

"Venezuela es una ameba política, no tiene órganos separados de la política, la política se mete en todas las cosas... Hay una especie de hipnosis producida por la situación política del momento, pero a medida que va cambiando esa situación también van cambiando las opiniones y hay una irradiación emocional del momento político, entonces ya no se puede hablar de nada sin hablar de la política inmediata."

*José Manuel Briceño Guerrero.
Caracas, 2000*

A los venezolanos nos gusta la política y nos involucramos pasionalmente en la discusión política. Frente aquellos diagnósticos en los que años atrás se advertía sobre el "desencanto de lo político", la evidencia reciente demuestra que la politización de la sociedad venezolana es un hecho generalizado y extendido. La explicación fácil es que la actual crisis política ha calentado de tal forma el ambiente que todos nos hemos sentido motivados a participar. Esta explicación tiene buena parte de verdad, pero es incompleta. La verdad completa sobre este asunto es que la sociedad venezolana actual es producto de un siglo en el que el pueblo venezolano, con mayor o menor profundidad, ha intervenido en la dirección política del país, a través de muchas y variadas formas. En este sentido, se puede afirmar que la cultura democrática ha pasado a formar parte consustancial de la socialización de las últimas generaciones del país. En Venezuela, la política se ha instituido como un asunto colectivo, en donde todos sentimos que debemos aportar nuestra perspectiva personal. Este aprendizaje ha servido de reactivo de la conducta política venezolana durante la actual crisis.

Sin embargo, para que la politización no contribuya a nuestro mal sino que redunde a favor del bien común, pareciera que es imprescindible recuperar la distinción entre lo público y lo político. Lo público es el mundo plural vivido en común, con sus diversas tradiciones y múltiples representaciones sociales. Es el espacio propio de la diversidad, el intercambio y la complementariedad. La política, por su parte, es la acción humana destinada por excelencia a hacer posible la existencia de lo público, en donde los hombres y mujeres aparecen en lo que son y se nutren de la diversidad y pluralidad. Según este concepto, la política debe centrarse sobre todo en responder a tres grandes preguntas: ¿Cómo garantizar el diálogo en la sociedad entre actores libres y plurales de tal forma que pueda surgir la acción concertada? ¿Cómo se asegura que la legislación reproduzca un marco normativo que exprese el consenso social? ¿Qué orden institucional y organizativo favorece la existencia de lo público, garantizando lo privado, como lo hemos planteado?.

De lo dicho se desprende que recuperar el ámbito de lo político en Venezuela significa que se inviertan más bien los papeles en lo que está ocurriendo. Es decir, los venezolanos deberíamos sentirnos en libertad de decir y plantear todo aquello que consideramos útil, importante y valioso para cada uno y para todos, deberíamos sentirnos en capacidad de construir creativamente eso que pensamos y soñamos, y deberíamos tomar el trabajo de convencernos mutuamente de las bondades de nuestras propuestas. La acción de los políticos, los partidos políticos, las políticas públicas, la opinión y preferencias políticas, deberían no coartar e impedir ese proceso sino potenciarlo y favorecerlo. En este sentido, la acción política es un momento segundo de la vida social. Es ésta la que debe expresarse en un primer momento en toda su riqueza, profundidad y autonomía en los más diver-

tos y variados campos de la vida humana. La acción propiamente política vendría a continuación para garantizar que los acuerdos sociales se desarrollen plenamente.

El desideratum anterior es mucho más difícil de lograr si la intromisión política en toda la vida social se hace además desde la pasión del momento político inmediato, desde la coyuntura concreta, desde la inmediatez política. Devolver la política a su lugar privilegiado en la vida social significa, sacarla del plano de lo fáctico, del conflicto menudo, de las pasiones, de la diatriba, para devolver la validez de sus fines. Y esa validez sólo podrá manifestarse si la cotidianidad social es capaz de manifestarse desde su propia dinámica y con independencia de la dinámica propiamente política.

La agenda social pendiente

Desde hace muchos años la sociedad venezolana tiene una extensa agenda común pendiente. Hay un gran consenso en la necesidad de encontrar caminos adecuados para lograr un modelo de desarrollo auto sostenido que provea de empleo la fuerza de trabajo y contribuya eficazmente a redistribuir la riqueza producida. Es necesario superar la pobreza revirtiendo sus alarmantes indicadores actuales de ingreso, salud, vivienda, educación. Igualmente desde hace años nos preocupa el deterioro de la calidad de la convivencialidad urbana, los altos índices de violencia social y la extensión de los comportamientos anómicos. Es un lugar común, la necesidad de hacer de la educación pública el instrumento privilegiado para el desarrollo, etc.

Esta agenda es una agenda social y sus preguntas requieren de las respuestas de la sociedad actuando como *res-publica*. Es allí en donde se debe producir el debate, la puesta en escenas de ideas e inquietudes. Es allí en donde deben elaborarse consensos y compromisos. Ese de-

bate en Venezuela no se resolverá sobre la base de identidades políticas, ni bajo la emoción del acontecer político inmediato, ni por las mutuas descalificaciones políticas que pueden hacerse desde las identidades partidistas o por la intervención autoritaria del Estado o del gobierno de turno. Esta agenda requiere en primer lugar despolitizarse para luego ser convertida en agenda política.

Politización sin timón

En Venezuela hemos vivido un proceso paradójico. A medida que han crecido los niveles de participación y de movilización política se han deteriorado cada vez más los canales institucionales necesarios para convertir esa vasta energía política en objetivos reguladores de la vida en sociedad. Es como si a un tren al que le hemos ido sumando cada vez más vagones y le hemos potenciado la capacidad locomotora, le hayamos estrechado al mismo tiempo los rieles por donde debería transitar. Lo más fácil de prever es que el tren no podrá avanzar.

Hace años Ramón J. Velásquez expresó adecuadamente una parte del problema: *"En 1989 el pueblo salió a la calle y no ha vuelto"*. Con ello quería decir que al menos desde esa fecha la dinámica política global venezolana está mucho más allá de quienes se entienden como sus conductores políticos. El proceso político de los últimos años no ha cambiado esta situación, más bien la ha agravado. El Presidente de la República perdió su liderazgo para la mayoría, los partidos de oposición y sus dirigentes se parecen más bien a un mosaico más que una comunidad política representativa. Hoy habría que parafrasear la frase citada diciendo: *"el pueblo sigue en la calle expresando sus preferencias políticas pero ninguno de los que se dicen líderes de los sectores en pugna o las representaciones partidistas de esos sectores logran hacerlo volver a sus casas."*

La posibilidad de que la acción política sirva a los fines del bien común requiere la existencia de medios idóneos para ello. El debate público de los problemas sociales y económicos, los consensos que se construyen desde el intercambio plural y la creatividad de las iniciativas puestas en marcha deben ser recogidos en verdaderos programas políticos que se nutran de esa energía social. Esos programas requieren a su vez de partidos y dirigentes que se saben representantes de una parte de la sociedad pero con la delicada misión de hacer ver a las otras partes que su programa les conviene también a ellos. Si el líder sustituye a las instituciones, si el carisma vale más que la organización y el mensaje emocional sustituye al programa, tenemos muy pocas garantías de que la acción política sirva a los fines del bien común entretejido en lo público.

A la acción política le preocupa de modo especial que la sociedad construya modos de vida plenamente humanos, desde el diálogo, la pluralidad y la tolerancia. Para ello debe ofrecer la especificidad de sus fines, esto es, una racionalidad e instrumentalidad que permita asegurar la dirección de la sociedad en función de los consensos sociales acordados. Para ello habrá que despolitizar la sociedad y repolitizar la política.